

ANTONIO PUENTE MAYOR



EL **ENIGMA** DEL
SALÓN VICTORIA

algaida



Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Fotografía en solapa: el autor junto al Palacio Real de Miramar (San Sebastián)
© Zúñiga

Primera edición: 2018

© Antonio Puente Mayor, 2018
© Algaida Editores, 2018
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9189-025-6
Depósito legal: SE. 1166-2018
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PREÁMBULO.	13
PRIMERA PARTE	
I.	23
II.	31
III.	38
IV.	46
V.	54
VI.	61
VII.	68
VIII.	75
IX.	82
X.	89
XI.	95
XII.	105
XIII.	111
XIV.	117
SEGUNDA PARTE	
XV.	127
XVI.	133
XVII.	141
XVIII.	149

XIX.	158
XX.	163
XXI.	171
XXII.	180
XXIII.	187
XXIV.	195
XXV.	202
XXVI.	208
XXVII.	218
TERCERA PARTE	
XXVIII.	227
XXIX.	236
XXX.	245
XXXI.	254
XXXII.	266
XXXIII.	274
XXXIV.	284
CUARTA PARTE	
XXXV.	293
XXXVI.	303
XXXVII.	311
XXXVIII.	318
XXXIX.	328
XL.	336
XLI.	344
XLII.	355
XLIII.	363
XLIV.	371
XLV.	379
EPÍLOGO.	393
AGRADECIMIENTOS.	401

A Rosa, mi reina

MISTRESS ALLONBY: El secreto de la vida es no tener jamás una emoción indecorosa.

LADY STUTFIELD: El secreto de la vida consiste en apreciar el placer de ser terriblemente, terriblemente engañada.

MISTER KELVIL: El secreto de la vida consiste en resistir a la tentación, lady Stutfield.

LORD ILLINGWORTH: No hay tal secreto de la vida. El objetivo de la vida, si lo hay, es buscar constantemente tentaciones.

Una mujer sin importancia

OSCAR WILDE

PREÁMBULO

«Es dudoso que el género humano logre crear un enigma que el mismo ingenio humano no resuelva.»

EDGAR ALLAN POE

LOS PRIMEROS RAYOS DE SOL IRRUMPIERON EN EL RECINTO sin avisar, como soldados adiestrados en una incursión nocturna. Todas las partículas brillantes pugnan por reflejar un mismo perfil. Desde el pan de oro de las cornucopias al cristal de los candelabros. Del metal de los *couverts* al fulgor de los espejos. Y cual árbitro de tan singular batalla, el silencio.

Aunque la actividad del hotel se desarrollaba a pleno ritmo desde la madrugada —el flujo de camareras disponiendo desayunos podía intuirse en todos los rincones del edificio—, en el salón reservado parecía haberse congelado el tiempo. Todavía parecían sonar las notas del pianoforte dando vida a una zarda, las burbujas del champán erupcionando por las botellas y el charol de los zapatos taconeando el suelo. Cualquiera que hubiese arribado en esos momentos habría adivinado qué clase de velada había tenido lugar allí horas antes.

Cuando el reloj dio las ocho, un vaso comenzó a rodar por el suelo volcando restos de líquido hasta detenerse junto a una mesa. Su dueño, un pintor francés de escasa estatura y si-

lueta desmadejada, reposaba sobre uno de los sillones, y al percibir el sonido desplegó la mano derecha como movido por un resorte.

Frente a él, un individuo corpulento apoyaba todo su peso sobre un canapé acolchado, a cuyos pies reposaba una buena colección de bebidas —algunas a medio consumir—, destacando especialmente un whisky de la mejor calidad. Asimismo completaban la escena otros cuatro tipos vestidos con suma elegancia pero cuyo aspecto anunciaba ruina. Estos se arrellanaban en los brazos de Morfeo víctimas de una dura resaca.

—¡Madre mía...! —susurró el propietario del vaso, que acababa de abrir los ojos y se afanaba por incorporarse—. ¿A quién le tocará pagar esta vez...?

—Es algo temprano para bromas, ¿no cree? —le increpó uno de sus compañeros, un ingeniero de talla mundial, tras bostezar ruidosamente y rascarse la barba—. Y por favor, deje de hablar en francés. A estas horas, con el estómago vacío y la cabeza dándome vueltas, preferiría no profanar ese idioma.

—Muy bien —respondió este— ¿Y a qué se debe esa repentina renuncia a la lengua de Molière? Nadie que le escuchara diría que es usted un ilustre hijo de Dijon...

—Déjelo estar, por favor...

Seguidamente, e ignorando las súplicas de su compatriota, el hombrecillo se puso a canturrear.

—¿Qué demonios...? —El hombre corpulento, un médico de Edimburgo famoso por sus novelas de detectives, trataba de alcanzar cualquier objeto próximo para arrojárselo—. Lo último que deseaba oír es otra gansada de Mayol. ¿Es que no tuvimos suficiente anoche?

—¡Cuidado con lo que dice! —le advirtió ofendido—. Félix Mayol es uno de los artistas más grandes de Francia. Ni se imagina la de compromisos que ha tenido que anular para amenizarnos la velada.

—Tranquilícese. Como buen británico, nuestro amigo no entiende de varietés, ni tampoco comparte nuestro sentido del humor —terció el ingeniero barbado.

—¿Pero es que los franceses saben qué significa eso? —replicó el escocés, aún sentado, mientras se abotonaba el chaleco.

—No ofende el que quiere sino el que puede.

Y tras esto, el improvisado cantante se recolocó las lentes para componer un gesto entre desafiante y divertido, que no tardó en ser correspondido con una mueca de su oponente.

—¿Prefiere algo de Polin? ¿Tal vez de Fragon?

—¡Preferimos que se calle! —bramó otro de los presentes evidenciando su acento italiano. Amén de un impecable traje oscuro, que poco a poco iba recuperando su lustre tras varias horas de asueto, el personaje, autor de varias óperas de renombre, destacaba por un tupido bigote negro a juego con su cabello.

No obstante, el galo hizo caso omiso de la sugerencia y, tras estirarse la recortada chaqueta, comenzó a recorrer la estancia como un niño travieso, tarareando sin parar y golpeando con su bastón al resto de durmientes, que aún no eran capaces de alzar el cuello.

Uno de ellos era un barón inglés de vientre abultado, frente abovedada y frondosas patillas, que parecía respirar con cierta dificultad mientras apoyaba la cabeza en un diván ovalado.

—¡¡¡Basta!!! —gritaron todos al unísono concentrando sus miradas en el bromista, a quien tanta hostilidad pilló desprevenido.

Finalmente, y siendo consciente de lo definitivo del mensaje, este cerró la boca, se llevó las manos a la espalda y caminó en silencio hasta una de las ventanas, con objeto de descorrer la amplia cortina afelpada y contemplar el paisaje.

Durante los minutos siguientes los caballeros concluyeron la tarea de recomponer sus atuendos. Algo que no resultó del todo fácil, pues la celebración nocturna había hecho verdaderos estragos, y a las arrugas de los pantalones había que sumar alguna que otra mancha en los almidonados cuellos de las camisas. Evidentemente, la decisión más lógica sería retornar a las habitaciones para asearse y, tiempo después, volver a reunirse en el restaurante con un aspecto más saludable.

—De todas las estupideces posibles, y en las últimas semanas hemos cometido un buen puñado de ellas, esta se lleva la palma. Y con esto no pretendo ofender a nadie; mucho menos al organizador de esta estimulante actividad que no desmerece en absoluto de las anteriores. Pero no me cabe la menor duda de que hemos llegado demasiado lejos.

El responsable de estas palabras era un médico neurólogo de origen austriaco cuya expresión contrastaba con el grotesco auditorio. Nadie osó replicarle, pues en sus fueros internos todos sabían que llevaba razón.

No obstante, al cabo de unos segundos y con idea de suavizar las cosas, el noble inglés hizo acopio de diplomacia y enunció en voz alta:

—Caballeros, una vez quemada la última nave es hora de hacer balance, retornar a casa y recuperar la rutina, ¿no les parece?

—Estoy de acuerdo —concedió el compositor con énfasis—. Tengo mil asuntos pendientes y no querría dilatar más el viaje.

—Pero antes debería dirimirse el resultado del experimento —terció el escocés enarcando una ceja—. A nadie escapa que la principal razón de que nos encontremos hoy aquí obedece a ciertos «intereses». ¿No es cierto, milord? —Y tras decir esto posó sus penetrantes ojos en el individuo con patillas.

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto! —se apresuró a aclarar—. Aunque, si he de serle sincero, preferiría dejarlo para un poco más tarde. ¿Y si lo postergásemos hasta el mediodía, por ejemplo? Lo más urgente es cambiarnos de ropa y tomar un buen desayuno que nos ayude a recuperar la dignidad.

—Algunos ya la perdimos irremediablemente —apostilló el pintor desde su refugio en la ventana.

Todos sonrieron ante su ocurrencia y tras aceptar la propuesta del británico se dirigieron a la puerta de salida.

Fue entonces cuando se percataron de que no estaban solos.

—Que nadie se mueva.

—¿Qué ocurre?

—Uno de nosotros acaba de insinuar que hemos llegado demasiado lejos. No sé si se refería exactamente a esto. Y seguidamente señaló hacia el suelo.

Una silueta femenina yacía sobre la alfombra a escasa distancia del piano, semioculta por un asiento con el respaldo en forma de cono. Su estrafalario descubridor se había tropezado con ella tras ir a rescatar una botella.

—¡Dios mío!

—¡Atrás! Dejen espacio al doctor... ¡Vamos! —reaccionaron todos, y seguidamente el escocés se aproximó hasta el rincón de la sala e inclinó su enorme constitución para reconocer el cuerpo. Este se hallaba desnudo y cubierto completamente por una capa de pintura dorada. Asimismo iba adornado con algunos abalorios de reminiscencias orientales, tratando

de emular a una diosa. Sus miembros permanecían rígidos, bosquejando una estampa luctuosa, y el rostro se hallaba oculto por una compleja máscara. Sólo el cuello mostraba explícitamente la probable causa del deceso: un pañuelo de seda anudado hasta el extremo.

—¿Y bien? —El rostro del barón se hallaba demudado.

—Creo que es bastante obvio —concluyó el facultativo, poniéndose de pie—. Esta mujer ha fallecido por estrangulamiento. De todos modos yo invitaría a mi colega a que confirmase mi diagnóstico. Si no le importa, claro...

—¿Cómo iba a importarme?

Impasible, pero con un gran sentido del deber, el austriaco contempló a la mujer por un segundo, se inclinó de rodillas tratando de aproximar su rostro lo máximo posible y repitió la operación de su homónimo anglosajón.

Poco después certificó lo que todos esperaban.

—Señores —volvió a intervenir el primero—, nos hallamos ante un problema de imprevisibles consecuencias. En estos momentos, y como pueden advertir, somos seis personas compartiendo techo con un cadáver y a puerta cerrada. O lo que es lo mismo, media docena de sospechosos de asesinato sin una coartada. Me temo que nos será imposible continuar con el plan previsto.

—¿Nos está acusando de haber matado a esa mujer? —le increpó el italiano con los ojos inyectados en sangre.

—¡Eso es ridículo! —gruñó el pintor de Montmartre, y el resto se sumó a las protestas.

—Yo no he acusado a nadie. Pero hasta hallar al verdadero culpable debemos considerar que un dedo invisible nos señala a todos. Y cuando digo todos quiero decir «todos», incluyéndome yo mismo.

—¿Cómo?

—Es obvio que ninguno de nosotros recuerda sus últimas horas. Los excesos con el alcohol son la principal razón. Ahora mismo tengo un dolor de cabeza espantoso y me temo que no soy el único. No suelo emborracharme, pero las pocas veces que lo he hecho me he transformado en un completo imbécil. Por tanto no debemos descartar nada...

—Le recuerdo que esto no es una de sus novelas —le recriminó el neurólogo con escaso tacto.

—Gracias por el apunte —respondió con ironía—. Pero me veo en la obligación de recordarles que quien les habla lo hace en calidad de científico, no de escritor. Nos guste o no, estamos en el mismo barco y la única forma de llegar a puerto es uniendo nuestras fuerzas para esclarecer este asunto. ¿Le parece bien, doctor?

Este se tomó su tiempo antes de responder.

—Me parece bien.

—¿Y nuestro querido músico? ¿Está de acuerdo en mantener la cabeza fría?

—Lo estoy —asintió con decisión, componiendo una postura teatral.

—Yo también —se adhirió el ingeniero, dando un paso al frente—. No concibo otro modo.

—Pues ya sólo queda que el resto de miembros se avengan a colaborar en vez de discutir.

El exiguo bromista golpeó repetidas veces el suelo con su bastón y a continuación le tendió la mano al escocés, mostrándole su conformidad.

—Caballeros —terció el noble—. No sé en qué desembocará todo esto.

—Milord...

—Pero, ocurra lo que ocurra, no me arrepiento en absoluto de haberles conocido.

PRIMERA PARTE

«El idealismo aumenta en proporción directa de la distancia que nos separa del problema.»

JOHN GALSWORTHY

«No basta con pensar en la muerte, sino que se debe tenerla siempre delante. Entonces la vida se hace más solemne, más importante, más fecunda y alegre.»

STEFAN ZWEIG

«Nuestro gran tormento en la vida proviene de que estamos solos y todos nuestros actos y esfuerzos tienden a huir de esa soledad.»

GUY DE MAUPASSANT

I

*Castillo Blackborne, Dorset
Enero de 1899*

LA LLAMA ASCENDIÓ DE MANERA CONSIDERABLE EN LA
oquedad de la chimenea tras acoger a su nuevo hués-
ped, un tronco seco recién traído del leñero por uno de
los lacayos. Pese a hallarse en el tercer condado más austral del
Reino Unido, llegado el mes de febrero, los muros de la man-
sión construida en el período Tudor por un destacado miem-
bro de la Iglesia firmaban un pacto gélido que impedía mante-
ner la mayoría de las estancias habitables durante gran parte
del día, y más aún por la noche. Pese a todo, el servicio se afa-
naba por calentar las habitaciones predilectas de los señores,
haciendo uso de cuantos medios se encontraban a su alcance.

El matrimonio formado por Edward Lewis Hampton y
Ethel Fox-Ashmoor había alumbrado un único hijo, al que
por tradición paterna decidieron llamar Edward. Un chico tí-
mido y con tendencia a enfermar cuya infancia se desarrolló
casi en penumbra.

El padre murió pronto, cuando el pequeño no había
cumplido aún los cinco años, por lo que su educación supuso
un quebradero de cabeza para su madre, más preocupada por

mantener a salvo el estatus familiar que por los entresijos de la crianza.

Lady Hampton era una mujer soñadora y llena de vida a quien la viudez temprana había derribado su torre de marfil, pero que jamás renunció a esos pequeños placeres que le insuflaban oxígeno. Algo que repercutió muy negativamente en su quebradizo vástago.

Cuando ella se desplazaba a Londres para acudir a una recepción o un baile, el niño se refugiaba en los brazos de su *nanny*.

Cuando la institutriz daba por finalizadas las clases este corría de nuevo a su encuentro, y al llegar las fechas especiales la empleada era la primera en ir a levantarlo de la cama y hacerlo partícipe de la común alegría.

Por eso el día que la baronesa exhaló su último suspiro víctima de una fiebre escarlatina, Edward no experimentó mayor dolor que al despedirse de su niñera, la afectiva señora Palmer.

—¿Está todo a su gusto, milord? —preguntó una de las camareras tras acceder al despacho privado de Edward Hampton. Este se hallaba ensimismado, contemplando unos retratos sobre la pesada mesa de roble.

—Desde luego —respondió sin volverse—. Agradezco su preocupación, pero tal y como comuniqué a mi esposa y mi secretario, lo único que necesito en estos momentos es estar solo.

—Por supuesto, milord. Ahora mismo me marchó. Tan sólo quería transmitirle una vez más mis condolencias por la muerte de milady. Todos la echaremos de menos.

Lord Hampton sintió una punzada de remordimiento. ¿Cómo era posible que para el grueso de habitantes de Black-

borne la muerte de la baronesa supusiese un vacío insalvable mientras que en su alma apenas notaba un rasguño?

—Gracias. Fue lo único que se le ocurrió decir, antes de observar la cruz en aspa que formaban los tirantes de la sirvienta al volverse de espaldas.

Luego decidió concentrarse en las instantáneas que mostraban a la difunta, destacando dos en especial. Aquella en la que sostenía en brazos a un recién nacido, esbozando una sonrisa junto a su marido, y el retrato *postmortem* que le habían realizado horas antes del entierro y que aún evocaba el olor a polvo de magnesio.

Fuera, una densa niebla envolvía la silueta del castillo, aislándolo de los cincuenta acres de terreno que completaban la finca. Una palmaria oda a lo natural donde la jardinería de paisaje diseñada por Lancelot Brown competía en belleza con su extenso lago artificial.

Entre las aficiones de lord Hampton no figuraba la escritura. Quizás la rigidez de su formación había contribuido a ello.

Pero en aquellos momentos de desazón una voz interna le instó a buscar papel y pluma:

Querida madre

*Hoy se cierra un círculo. Y no sé si llorar o respirar de alivio.
A lo primero jamás me enseñaste, y quizás ese haya sido tu
mejor legado.*

*Por más que rebusco, no logro hallar un camino que me
conduzca a tu recuerdo.*

*Hay algo dentro de mí que lo impide. Como una barrera
recia y a la vez indiferente.*

Ayer en el funeral me mostré incapaz de estar a tu altura. De nada han servido los años de estudio, la experiencia política o el papel que juego en esta casa. Tu estela ha logrado enmudecerme en el momento más crucial, y eso no me lo perdonaré jamás.

Por eso te pido clemencia.

Ya no hay rastro de aquel niño al que hacías promesas que nunca se cumplían. El mismo que mendigaba un beso de buenas noches o un paseo por los jardines cogidos de la mano.

Ni siquiera te guardo rencor.

En cambio te ruego que si has decidido marcharte lo hagas con todas las consecuencias. Allá donde estés, no vuelvas a pronunciar mi nombre ni apelar a mis sentimientos. Sería incapaz de soportar ese peso.

Vuela hacia la luz, y deja para mí las sombras.

Tu Edward

Varios minutos después, y con la tinta aún por cicatrizar, el barón expidió la misiva a la única dirección posible. De este modo el fuego consumió sus primeras letras dirigidas a un ser querido, provocando una melodía ascendente.

—Perdone mi intromisión. ¿Puedo pasar?

El reverendo Fold, vicario de St. Aldhelm, golpeó rítmicamente la puerta con los nudillos, pese a encontrarse entrea-bierta, y al obtener licencia se introdujo rápidamente en el despacho.

—¿Qué le trae de nuevo aquí, reverendo?

—No quisiera molestarle, pero si he venido corriendo bajo este frío glacial es para comunicarle algo importante.

Stephen Fold no era un hombre impresionable, de ahí que su respiración agitada pusiese en alerta al barón. Desde hacía más de cincuenta años había sabido desempeñar las labores de pastor con equilibrio, tratando a sus feligreses de un

modo cercano y amable. Además de administrar los sacramentos, siempre había estado presente en los momentos más delicados de la familia, ejerciendo al mismo tiempo de guía espiritual y asesor en asuntos mundanos. En ese sentido, su prédica había calado hondo entre los asistentes al sepelio.

Teniendo en cuenta su estrecha relación con la anciana, cuya fe era tan frágil como el cristal pero que en cambio le tenía por santo, no tuvo que esforzarse demasiado para componer uno de sus discursos más emotivos.

—¿Qué ocurre? —preguntó con ansiedad lord Hampton, alzándose del sillón.

—Se trata de su madre...

—Comprendo. Instintivamente el aristócrata volvió la cabeza hacia la chimenea y, velando los ojos por unos segundos, trató de adivinar el porqué de tan repentino regreso.

—No se esfuerce, milord.

Las palabras del religioso se deslizaron suavemente por las paredes revestidas de madera que componían la estancia, hasta lograr penetrar en los oídos de su interlocutor, con objeto de tranquilizarle.

—Dudo mucho que consiga imaginar lo que vengo a decirle —sentenció con benevolencia.

—Le escucho entonces.

Fold caminó unos pasos hasta situarse justo debajo del imponente retrato que presidía el despacho. Obra de John Everett Millais, su ejecución obedecía a un capricho de lady Hampton, cuya admiración por los prerrafaelitas resultaba casi enfermiza. Tanto que logró convencer al artista para que se instalase en Blackborne hasta finalizar su encargo.

El lienzo, de unas medidas considerables, estaba inspirado en la obra *Portia*, una de las favoritas de la baronesa desde que el artista la exhibiese en la galería McLean. Para su reali-

zación, Ethel había lucido un llamativo atuendo de claras reminiscencias medievales inspirado en *El mercader de Venecia*, el drama shakesperiano en que se basaba la pintura original.

Desde pequeña, su familia le había inculcado el amor por el teatro. Una afición que compartía con su nuera Jane, quien no sólo acudía a presenciar los mejores estrenos de la temporada en Londres, sino que solía relacionarse con actrices como Kate Dolan o Ellen Terry, dos de las mejores intérpretes de Inglaterra.

—Supongo que recuerda mi ausencia de la parroquia durante el último trimestre —declaró el clérigo, llevándose a continuación las manos a la espalda hasta rozar la lana de su grueso abrigo Chesterfield.

—En efecto. Todos estuvimos muy preocupados. Los miembros del servicio no cesaron de elevar oraciones por usted. Mi esposa y yo llegamos a temernos lo peor.

—Se lo agradezco.

—¿Se encuentra ya recuperado?

—Dejando a un lado mis habituales achaques... podría decirse que sí.

—No sabe cuánto lo celebro.

—Como le decía —retomó el reverendo—, en ese período tuvo bien a sustituirme el reverendo Hastings, venido expresamente desde Warwickshire...

—Lo recuerdo, lo recuerdo —le interrumpió el barón, cuya impaciencia aumentaba por momentos.

—Pues bien, esta mañana he sido informado de que su difunta madre fue a visitarlo poco antes de Navidad.

—¿Y qué tiene eso de particular? —repuso lord Hampton, visiblemente contrariado—. Ella solía visitar la iglesia a menudo, quizás no todas las semanas, pero siempre que necesitaba ponerse en paz con Dios y con ella misma. Tal vez buscaba consejo.

—No se lo niego. Pero, además, milady vino a hacer entrega de este documento.

El reverendo sacó de su cartera un sobre lacrado y lo expuso sobre la mesa del barón de manera ceremoniosa.

—Está abierto —gruñó este con reticencia.

—Por supuesto que está abierto. Iba dirigido a mi persona —expuso el vicario con un tono lapidario que hizo avergonzar a su interlocutor.

—¿Entonces?

—Si no me equivoco, por aquellas fechas su madre aún no había hecho testamento.

—Así es. Se negaba a ello. Lord Hampton apoyó las manos sobre la oscura caoba del escritorio con evidente resignación—. Siempre que surgía el tema lograba escabullirse. Ya sabe que jamás dedicó un solo pensamiento a la muerte. ¡No sabe cuánto la envidio! Pese a todo, el administrador la convenció para redactarlo al cumplir los setenta y cinco años...

—Pero ese momento jamás llegó —precisó el religioso.

—No, por desgracia. De lo contrario estaría teniendo lugar ahora mismo.

—¿Me está usted diciendo...?

—Que ese día es exactamente hoy —atajó con gran pesar lord Hampton—. El año pasado, a esta misma hora, estábamos ansiosos por sentarnos a la mesa y disfrutar de un buen asado en su honor. Aún me cuesta creer que ya no se encuentre entre nosotros...

—*Tempus fugit* —susurró el pastor inclinando la cerviz—. Lo siento muchísimo.

—Ya me hago cargo —asintió apretando los labios—. Pero prosiga, se lo ruego.

—Gracias, milord. Y tras respirar una bocanada de aire continuó con el asunto de la sucesión, comenzando por expo-

ner algunos ejemplos de transmisiones en las que no existían firmas ante notario.

Lord Hampton lo escuchó en silencio, como un gobernante que atiende con interés la exhortación de su ministro.

Uno de los rasgos más sobresalientes de su personalidad era la prudencia, revelada desde la infancia y de la que solía hacer gala en casi todas las facetas de su vida. Condición que le había permitido evitar numerosas fricciones familiares, en primer lugar con su madre y más tarde con su esposa, pues si ambas tenían algo en común era la capacidad de alterar su apacible existencia.

—De todos modos... en el caso de mi familia la conclusión es bien sencilla —intervino el aristócrata tras varios minutos pensativo—. Yo soy el único heredero y por tanto me corresponde la totalidad de los bienes.

—Eso habría sido lo esperado. El clérigo elevó la cabeza y lo miró de reojo, templando los nervios para afrontar con entereza la parte más delicada de su declaración—. Pero no olvide que su madre era cualquier cosa menos ortodoxa. Y se lo digo como el buen amigo que fui.

Lord Hampton volvió a posar los ojos en el fuego. Se avecinaba tormenta y deseó con todas sus fuerzas que aquella entrevista fuese únicamente producto de su imaginación, y que de un momento a otro el sonido del gong le devolviese a su desabrida rutina.

Pero el reverendo Fold no tardó en sacarlo de dudas.

—No sé si me explico, milord —y esta vez lo abordó directamente—. Lo que vengo a decirle es que lady Hampton redactó este ológrafo poco antes de morir.

El barón miró de nuevo el sobre y contuvo el aliento.

—Y en él, además de usted, se menciona a otras personas.